

C
863
M

PQ7297
M3
C47
V.2
T.3-4
1907



ARCHIVO DE LITERATURA

115870
6 388

Eduardo Petri Calderón

El Cerro de las Campanas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

La noche en que el guerrillero Pablo Martínez entraba en la capital, era precisamente en la que el padre de Clara recibía al comandante francés para hablar del matrimonio de su hija. Demuriez estaba en la sala de recepción, que se hallaba profusamente iluminada.

Clara había cuidado de agregar algo más á esa elegancia asiática de su casa habitación.

—Caballero, decía el señor Rodríguez, yo necesito informarme con el mariscal Bazaine de la familia de usted y de si puede libremente contraer un enlace con mi hija.

—El mariscal, dijo el comandante, desgraciadamente no conoce á mi familia; pero podrá recoger los informes que usted desea.

—Espero que tendrá usted en regla sus papeles y obtendrá la licencia respectiva.

—Si ustedes me permiten, dijo Clara, emitiré francamente mi opinión: yo estoy resuelta á dar mi mano al señor Demuriez, pero de ninguna manera á un comandante del ejército francés.

Un rayo de alegría cruzó por el semblante de Demuriez.

—Mi padre, continuó Clara, es español, por nacionalidad, es enemigo de los franceses, yo también los quiero mal, y me causaría rubor dar mi brazo á un hombre que llevara al cinto una espada tinta con sangre de los mexicanos.

—Señorita, dijo Demuriez con esa galantería cómica de los franceses, desde este momento desciño el acero, que no volveré á empuñar sino en defensa de mi patria.

Diciendo esto se levantó y puso con arrogancia su espada sobre el próximo confidente.

—Gracias, dijo Clara dirigiéndole una sonrisa capaz de enloquecer á una estatua.

—Ya he tenido el honor de hacer presente á la señorita Clara, que lucho contra mis convicciones, que amo á los mexicanos, y que he evitado cuanto ha estado á mi alcance el derramamiento de sangre. Hoy se abre un paréntesis en mi vida, mis insignias quedan relegadas al fondo del hogar y pertenecen desde hoy, al mundo de mis recuerdos.

—No, dijo con vehemencia Clara, hay honores que no pueden entregarse al olvido, porque revelan al mundo la dignidad de quien los ha sabido merecer: yo ruego á usted que conserve en su pecho esa cruz de la Legión de Honor.

El comandante se acercó y beso lleno de emoción la mano de Clara.

El español estaba asombrado, no conocía á su hija sino hasta aquel momento.

—Mañana dirijo un oficio solicitando mi separación completa del ejército; ante una alma como la de Clara nada son los sacrificios, nada la existencia.

—Gracias caballero, dijo el señor Rodríguez. Tú, hija mía, déjanos solos, tengo que arreglar un negocio particular con el señor Demuriez.

—Señor, instó Demuriez, después de una aceptación tan franca y explícita con que acaba usted de favorecer mi petición, creo que nada tenemos que hablar.

El español comprendió la delicadeza de esta respuesta, y besando á su hija, le indicó que se separase de la sala.

Clara saludó á Demuriez y salió del aposento.

II

—Ya escucho á usted; dijo el comandante disimulando su terrible ansiedad.

—Acabo de conceder á usted la mano de mi hija Clara, y con ella el único tesoro que poseo en la tierra.

—Lo comprendo, señor.

—Clara, desde el momento de su enlace, ya no me pertenece.

—Los lazos de la sangre no se quiebran jamás.

—Es verdad, pero ¿de qué me sirven si tengo que separarme de ella?

—Mi casa, señor, es del padre de mi esposa.

—Esperaba yo esas palabras para suplicarle que aceptase la mía, es decir, la de mi hija. Yo no tengo parientes, ni aquí, ni en España; estoy solo, enteramente solo en el mundo. Ya estoy en el último tercio de mi vida y verme abandonado es tritísimo.

—Repito, señor, que estoy muy lejos de causar á usted un disgusto, estoy enteramente á sus órdenes.

—Bien, estaremos siempre juntos, yo tengo un capital inmenso.

Los ojos del francés brillaron como los del avaro de Molière.

—Mi trabajo ha centuplicado la herencia que recibí de mis padres; el dote que he señalado á mi hija es de cuatrocientos mil pesos, que se hallan en depósito en el Banco de Londres y México.

El comandante se restregó los ojos, creyó que estaba soñando.

—Mi hija tiene además, todo mi caudal, porque no tengo más herederos, que ella.

—Yo excuso toda conversación sobre este punto porque no quiero que se piense que el interés me ha traído á los pies de Clara.

—No le hago á usted tal agravio, caballero.

El comandante se levantó, y saludando al señor Rodríguez abandonó aquella casa que reputaba como la oficina del Tesoro Francés.

III.

Una carretela se detuvo á la puerta de la casa y de ella bajaron un hombre y una mujer.

—Buenas noches, dijo Martínez, entrando en el aposento de Clara.

—Pablo! gritó lleno de asombro la joven, ¿tú aquí? ¿no sabes que tu existencia está en peligro inminente?

—Bah! dijo el guerrillero, eso no importa nada.

—Dame un abrazo!

—Con el corazón! gritó Pablo, y al estrechar á esa niña á quien había conocido como confidente de Luz, novia de su coronel, se echó á llorar como un niño.

—Pablo, tu llanto es nuncio de una gran desgracia, ¿qué le ha sucedido á Eduardo?

—Nada! vivi, sí, y él ignora cuán desgraciado soy!

—Tú desgraciado?

—Sí; pero usted no debe oír nada de lo que me pasa: ¿dónde está Don Alfonso?

—Voy á llamarle.

—Bien, espero aquí.

Clara salió en busca de su padre.

Guadalupe se había detenido en la antesala.

IV.

El señor Rodríguez entró en el aposento donde le esperaba Pablo Martínez.

—Señor, dijo éste estrechando la mano del español, me ha brindado usted mil veces con dinero, me ha distinguido con favores que nunca he merecido, hoy vengo á reclamar un servicio grande de amistad.

El señor Rodríguez protegía al guerrillero, que á su vez respetaba en sus correrías las fincas de campo del español.

—No sé lo que vas á exigir de mí; pero desde ahora cuenta con todo lo que quieras, habla.

El guerrillero se limpiaba el sudor que corría copioso por su frente.

—Algo grave le pasa á este hombre, pensó Don Alfonso. Pablo Martínez permanecía en silencio.

—Pablo, soy tu amigo, no temas depositar en mi pecho tu secreto, al revelármelo lo echas en la eternidad.

—Sí dijo el guerrillero, necesitaba oír esa palabra; porque tras mi desesperación está el suicidio.

Acercóse el español, tomó la mano de Martínez y le dijo con emoción:

—Tú siempre has sido bueno, algo te ha arrastrado á la fatalidad; si tienes compromiso de dinero, no hablemos más.

—No, es un compromiso de honra.....la impotencia de vengarme me desespera.

—Ya te escucho, Pablo Martínez.

—Pues bien, dijo el guerrillero haciendo un esfuerzo supremo, allí, en la otra pieza está una mujer engañada; esa mujer es esa hermana tan querida y de quien he hablado á usted tantas veces.

Don Alfonso vió con más atención al guerrillero.

—Sí, continuó éste, esa niña hermosa como un ángel, delicada como una flor, ha sido engañada miserablemente por.....

Pablo escondió su rostro entre las manos y tornó á llorar de desesperación.

—Si su amante está dispuesto á casarse, yo lo arreglaré todo, todo.

—Usted no sabe que ese hombre es casado y que aun cuando no lo fuese, su enlace sería imposible.

—Pablo, no te queda más que buscar á ese hombre y matarlo.

—Yo no puedo llegar hasta él.

—¿Pues quién es ese miserable, gritó el español, que está fuera del alcance de un hombre honrado y no lo ha estado para burlarse?

—Señor, dijo trémulo de rabia el guerrillero, ese hombre se llama Maximiliano!

—Maximiliano! repitió violentamente Don Alfonso, y su cabeza se inclinó como agobiado por un peso enorme.

—No juzge usted mal á mi hermana, creyó que amaba á un capitán que debía casarse pronto con ella, y no sospechó que el emperador había pasado las puertas de su hogar para engañarla como un cobarde.....ese hombre ha robado la tranquilidad de mi hermana!.....Dios le ha librado de la muerte enviándome un acceso en los momentos de matarle!.....

—Esto es horrible.

—Sí, espantoso! yo he robado á mi hermana para arrancarla á su vista; sepa al menos que esa mujer sabe apreciarse, y que prefiere vivir desgraciada en el olvido á ser la querida de un magnate.

—Bien, Pablo Martínez, bien, yo me honro con estrechar tu mano. Desde hoy tu hermana vivirá en mi casa, todo el mundo ignorará estos amores, se quedará al lado de Clara, ella la amará como á una hermana.

—Señor, yo no tengo con qué pagar este favor.....

—Yo te substituiré mientras tú vuelves, y si mueres, su porvenir está asegurado.

El guerrillero se arrojó á los piés de Don Alfonso en un arranque de gratitud inmensa.

V.

—Te presento á Guadalupe hermana de Pablo, decía Don Alfonso á su hija Clara, y desde hoy pertenece á nuestra familia.

—Clara estrechó contra su corazón á Guadalupe y la llenó de besos.

Don Alfonso contemplaba con respeto á la hermana de Pablo, en cuya fisonomía hermosísima se leía ese mundo de sufrimientos que habían hecho una mártir de aquella alma entregada á las blandas ilusiones de un entrañable amor.

Guadalupe estaba emocionada ante aquella franca acogida.

Clara sintió una viva simpatía por la desgraciada joven. Su interesante fisonomía arrastraba en pos de ella á cuantos la conocían.

El dolor le prestaba todo ese encanto espiritual que se desprende del corazón en la hora melancólica de los sufrimientos.

El contento resplandece como los rayos del sol, y la tristeza esparce esa luz vaga, apacible é intensa de la luna sobre el mar ó en la extensión del desierto.

Hay almas predestinadas á las vicisitudes y cuyo tránsito por las playas de esta vida está cubierto de abrojos.

Oleada de arena donde no se ha levantado jamás el tallo de una flor.

Esas almas llegan al mundo ceñidas de una aureola sangrienta.

Espíritus peregrinantes, nutridos con el llanto del infortunio y que atraviesan en su vuelo, horizontes oscuros y nieblas importunas.

En medio de esa atmósfera de sombras, no hay no solo relámpago, ni una mezquina exhalación que alumbrá la cima de ese abismo insondable que la rodea.

Llega la hora terrible del *no ser* en que el espíritu se alza sobre el pedestal de la tumba para llegar al mundo de las almas, á esas regiones donde se abandonan los sudarios de la existencia para vestir las púrpuras de los ángeles.

Entonces el mundo tiene una sombra menos, y el llanto vertido en los infecundos arenales de la existencia, se levanta en una nube para ir á cubrir las páginas de ese libro, historia de nuestros infortunios sobre la tierra..... las lágrimas se pesan en la balanza eterna, y el llanto vertido en el bautismo de la redención.

El ángel regresa al cielo á descansar de su larga peregrinación Pero ¡ay! ese tránsito se prolouga cuando la mano de Dios nos impulsa por la vía sangrienta de los sufrimientos!.....

VI.

Al salir el guerrillero libre de la pesadilla que le consumía, dejando ya segura á su hermana en la casa de aquel hombre dotado de un corazón tan generoso, se encaminaba tranquilo á seguir en esa lucha donde le esperaba el destino para sumergirle acaso en una noche de desgracias.

En la puerta de la casa lo detuvo un zuavo con trazas de asistente.

—Perdonad! vive aquí Mr. Rodríguez?

—¿De dónde viene usted? preguntó el guerrillero un tanto alarmado, creyendo que había sido descubierto.

Ya hemos dicho que el guerrillero era soberanamente suspicaz y receloso.

—Traigo una carta del coronel Toure.

—¡Ah! exclamó el guerrillero; ¡con que el coronel se encuentra en México!

—Hace algunos meses.

—¿Y dónde vive?

—Esquina de la Independencia y Letrán, hotel San Francisco.

—Bien, entrad, mi amo el señor Rodríguez se encuentra en casa.

El zuavo penetró en el interior de la casa y Martínez se entró en la carretela, que echó á andar perdiéndose entre las sombras de la calzada rumbo al centro de la ciudad.

—Este coronel Toure, decía Martínez, me ha matado muchos de mis soldados, ya nos hemos encontrado en el campo, ¡demonio! ¡es valiente como un perro de presa! Estoy seguro que oye mis pasos en este momento, mi nombre lo irrita, lo desespera, ¡dice que yo soy fatal!

Quedóse pensativo el guerrillero.

—Sí, dijo después de algunos momentos, es necesario dejarle mi tarjeta como acostumbra mi coronel Fernández; lo que sucede es, que yo no tengo más tarjeta que mi espada. ¡Diablo! y tener pendiente á ese coronel del camino..... sería gracioso despachar dos coroneles de una hornada ¡hola! ¡para, muchacho!

La carretela se detuvo.

—Cómprame en una tienda dos botellas de aguardiente refinado y una caja de fósforos.

Bajóse el cochero y compró los encargos de Martínez.

—Ahora detente frente á la imprenta de García Torres.■

VII.

El carruaje paró en la calle de Letrán.

Martínez se dirigió á la esquina de la Calle de la Independencia y Letrán á reconocer la casa de habitación del coronel Toure.

Se fijó en los balcones.

Sólo se alcanzaba á ver, que un hombre, vuelto hacia la vidriera estaba escribiendo.

—Ese, ese es, dijo Martínez, conozco al coronel Toure hasta con los ojos cerrados; ¡ya me la pagarás maldito!

A la luz del farol leyó el rubro que estaba sobre las puertas de los bajos de la casa: *Carpintería y Mueblería*

—Rayo de Dios! mi plan sale á las mil maravillas, pongámosle en práctica, que la hora se avanza y tengo pendiente una *cena*.

Acercóse el guerrillero después de explorar el campo por si había algún agente de policía.

La calle estaba sola.

Sentóse en el quicio de la puerta del establecimiento, sacó las dos botellas del aguardiente y con sumo cuidado las derramó para dentro del almacén.

Aquí debe haber mucha madera y los recortes estarán cerca de la puerta,

Levantóse, volvió á examinar la calle, esperó á que pasase una patrulla francesa.

—Ya estoy más seguro, exclamó, y tornó á dirigirse á su punto

Sacó la caja de los fósforos, ató uno al cabo de su fute, le prendió, é introduciéndole entre la puerta de madera y el quicio, puso fuego al aguardiente.

La llama brotó siguiendo la corriente del alcohol.

—La mecha está prendida, dijo Martínez, compóntela como puedas, coronel Toure, y ojalá que te achicharres como un cabrito.

Alejóse violentamente, entró en el carruaje y desapareció á toda carrera.

VIII.

No se había engañado el guerrillero en sus cálculos.

El incendio del aguardiente comenzó á generalizarse en todos los recortes que había esparcidos en el suelo de la carpintería.

Subió después á los muebles y se generalizó en todo el almacén.

Las llamas subían al techo y las vigas comenzaban á crujir siniestramente.

Entonces fué cuando la policía se apercibió.

Los guardas dieron el toque de alarma.

Las campanas de la Profesa, Colegio de Niñas y Corpus, anunciaban el incendio.

La policía acudía con bombas.

Las compañías francesas se precipitaron en busca del fuego.

¡Ay! los franceses hacen más estrago que el fuego.

Es cierto que con un valor desmedido saltan por los techos y ventanas; pero también lo es; que entran á saco como unos desesperados.

Lo que no consumen las llamas, ellos lo devoran instantáneamente.

Son más violentos que el aire soplando sobre el fuego.

El coronel Toure se apresuró á salvar cuanto le era posible en aquellos momentos.

Logró poner fuera de alcance su equipaje y papeles, y se alejó violentamente del hotel.

Acordóse de una caja de alhajas que tenía en un ropero.

Desesperado con este olvido y sin curarse de los rápidos avances del incendio, su codicia lo llevó á aquel siniestro lugar.

—¿Dónde vais, mi coronel?

—Seguidme, gritó Toure, tenemos algo que salvar de mucha importancia.

—Ya no es tiempo.

—Nunca lo es para los cobardes.

Vamos, mi coronel, dijo el ayudante temiendo las consecuencias del enojo del coronel Toure.

Penetraron en medio de aquella multitud que rodeaba la casa, subieron la escalera y entraron decididos en el cuarto que servía de alojamiento al coronel.

El fuego que estaba en la parte baja había consumido la madera del techo que estaba próxima á derrumbarse.

Efectivamente, á los pasos violentos del coronel y su ayudante, comenzó á crujir el escombros.

Mi coronel, nos abrasamos, gritaba el ayudante al sentir el calor de los ladrillos del piso.

Toure iba á contestarle cuando el suelo se abrió dando paso á un cráter de llamas por donde se sumergió el coronel.

El ayudante quiso huir.

Ya no era tiempo.

El piso se derrumbó por completo.

La Toure y su ayudante cayeron sobre la madera encendida y sobre ellos todo el escombros.

Sus últimos gritos desesperados se percibieron perfectamente.

En vano los bomberos y zapadores quisieron salvarlos.

El golpe los había hecho pedazos y el fuego consumía sus carnes que crujían cómo las de un sentenciado á la hoguera.

Hasta el día siguiente pudieron encontrar los cadáveres.

Por algunos vestigios pudieron distinguirse aquellos restos deformes negrecidos por el fuego.

La casa de seguros y los zuavos estaban de duelo.

El propietario se frotaba las manos de satisfacción.

XI.

Los franceses, que á todo le dan un aire romanesco, declararon que el coronel Toure era un mártir de la humanidad,

que por salvar á sus semejantes había sido presa de la muerte.

Toure reconocía, no sólo como á sus semejantes, sino como á sus hijos y parientes, á los diamantes y monedas de oro ó de plata.

Abrióse una suscripción para levantar un mausoleo á las víctimas heroicas, y se depositaron coronas en las tumbas de los mártires.

Los franceses les hicieron la última comedia; es decir, los funerales de ordenanza.

XII.

El dueño de la mueblería pagó una fuerte multa por su descuido, amonestándosele por la autoridad, para que no volviere á acontecer por su causa desgracia tan lamentable, como la muerte del coronel Toure.

Tres días consecutivos la casa incendiada fue visitada por los franceses, que buscaban con lágrimas en los ojos entre las cenizas y los escombros el reloj de su querido coronel, cuya pérdida les era tan sensible!

XIII.

El coronel Toure durante la campaña del Interior, había incendiado poblaciones enteras donde habían perecido multitud de inocentes.

La escritura trae una sentencia inexorable que está impresa con tintas de fuego en las páginas sagradas del Nuevo Testamento y que reasume el porvenir de una existencia:

El que á hierro mata á hierro muere.



CAPITULO SEXTO.

SIGUE LA HISTORIA DE LOS LOBOS.

I.

La carretela que llevaba al guerrillero desapareció entre las últimas luces de la ciudad.

Enrique y Don Serafin se echaron á un lado del camino, dejando apostado al desgraciado Estanislao Luna, que temblaba como una vara verde.

—Querido, dijo Don Serafin á su compañero, la hermana de Martínez es una cosa *confortable*.

—¡Demonio! estoy asombrado de su hermosura.

—Yo no lo estoy menos.

—Tú no sabes una historia, querido.

—¡Eh ¿ se trata de una historia? pues cuéntamela, que ya se me hace un siglo el tiempo que hace que estoy en espera de ese demonio de Pablo!

—Temo que le atrapen y por concomitancia inmediata á nosotros; en cuanto á Luna, ya sabe lo que son latigazos intervencionistas.

—¡Diablo! pensar que nos pueden colgar de una almena como racimo de uvas.

—Algún día les cobraremos esta cuenta.

—¡Quién sabe!

—Soy capaz de pedir mi pasaporte y situarme en Francia.

—¡Vaya un mal gusto! y ¿para que quieres ir á esa guarida de nuestros opresores?

—No pasearé en el bosque Boulogne, ni en los boulevards, ni en los Campos Eliseos, ni atravesaré el Sena, ni.....

— ¡Hombre, basta de citas históricas!

— Elegiré un lugar más hermoso para recrear mis odios contra estos malditos, visitaré tres veces al día el cementerio del Padre Lachaise, ¡que hermoso será contemplar un campo lleno de muertos franceses! sí, ¡ni un sólo mexicano, ni uno solo, todos, toditos franceses! ¡todos muniures!

—Estás excéntrico como un inglés.

—Y mis lacayos serán franceses, mi cocinero francés, el carbonero francés, todos se quitarán el sombrero delante de mí, y yo diré para mis adentros: "esta es mi intervención, yo os mando como á unos chinos"

La impotencia suele refugiarse en la locura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO